

## Abandonar la maleta equivocada

Había elegido aquella esquina por que estaba lejos de mi casa. De mi familia. De mi vida.

El autobús llegaba tarde. Quizá el señor Whittier se había arrepentido en un momento lucido y no me permitiría ir.

Durante la entrevista supe que veía mi interior. Que conocía mis secretos más oscuros. Pero también vi que él escondía algún secreto que no deseaba compartir. Que en aquellas manos temblorosas y manchadas, que en aquel cuerpo demacrado y postrado en una silla de ruedas, había más vida de la que decía tener.

Simulaba vejez.

Simulaba enfermedad.

Simulaba cordura.

Simulaba, como yo simulaba tener sentimientos para no tener que volver al hospital.

Simulaba, como yo lo hacía para parecer una persona normal y no volver a estar encerrado.

Simulaba, como yo simulaba ser rebaño y no pastor.

Simulaba... simulaba ser otra persona.

Pero no éramos iguales. Eso podía olerlo. Palparlo. Sentirlo. Degustarlo. Y verlo.

Él buscaba fama. Reconocimiento. Ovación.

Yo buscaba crecimiento. Conocimiento. Comprensión.

No creí, que me permitiese unirme al grupo tras realizarme aquella entrevista.

Mantenerme con todas aquellas... personas, en un lugar aislado.

No creí que mi forma de contar relatos al mundo le pareciese lo más apropiado para el taller.

Pero le deje bien claro, que necesitaba aislamiento. Soledad.

Que necesitaba de un lugar donde nadie preguntase: "por qué llegaba tarde dónde había estado qué significaban aquellos rasguños en la cara por que llevaba sangre en la ropa..."

Un lugar donde experimentar estuviese permitido.

Un lugar donde hubiese voluntarios que quisiesen jugar conmigo. Que me enseñasen lo que aún no había aprendido. Que sacrificasen sus obras para formar parte de la mía.

Y ese lugar... ese lugar, sabía que estaba allí. Que estaba con esas personas que vendrían a recogerme en autobús una mañana demasiado pronto para que nadie estuviese despierto.

Y ahí estaban.

Aquí estaban.

Reconozco que no fui del todo sincero. Que disfracé la realidad de mi obra bajo otro nombre. Que no di todo los detalles de mi obra ya comenzada. Que sólo dejé entrever algo de la misma.

Pero si le expliqué que mis métodos no solían agradar a todo el mundo. Qué en ocasiones acudía a clubs nocturnos nada ortodoxos para conocerme a mi mismo.

Aunque olvidé decir que esa etapa ya estaba superada. Ahora, sobre todo, me interesaban los sentimientos de los demás. También olvidé decir que las prostitutas ya no podían satisfacer mis necesidades. Con todo fingían igual que fingían los orgasmos.

No era lo que yo buscaba. No sabían morir.

Cuando paró el autobús la puerta no se abrió de inmediato. Dudas en los ojos del conductor. Al abrirse, una ráfaga de miedo me rozó la piel de las manos. Se coló entre

los agujeros de mi máscara. La degusté como se degusta un buen caviar ruso y sonreí bajo mi nueva piel.

El anciano sonreía de placer reconociéndome como su auténtica estrella. Su alumno predilecto.

El resto de artistas, me miraban intranquilos. Pese a que no podían ver nada de lo que llevaba en mi maleta. Pese a que los periódicos de hoy aún no habían salido a la calle.

---

El Duque de los Vándalos está esperando en la esquina.

San destripado duda antes de estirar de la palanca y lanza una furtiva mirada al Señor Whittier mientras continua masticando sus ganchitos.

Al anciano muy anciano y moribundo señor Whittier, le brillan los ojos de la emoción. Y en su mirada se atisba demasiada energía. Ha dejado de acariciar su silla de ruedas de acrocromo. Por un momento da la impresión que fuera a levantarse del asiento en un acto reflejo, para ir a saludar a un camarada. Acto que parece ayudarle a reprimir la señora Clark, posando su mano en el hombro.

La Camarada Sobrada vuelve a meter la etiqueta recuperada en su bolsillo. La Señorita Estornudos rebusca en sus mangas un pañuelos seco. Cora Reynolds maulla en el regazo de la Directora Denegación.

San Destripado tira de la palanca y la puerta se abre. El silencio se ha adueñado de todos nosotros.

El Duque de los Vándalos entra en silencio. Su cara se esconde tras una máscara blanca. Su pelo bajo un sombrero de ala. Sin rasgos, sin facciones...

El Conde Calumnia ha dejado de anotar en su cuaderno de bolsillo. Mira al nuevo alumno. La Camarada Sobrada se apoya en su hombro y le susurra:

—A esto se le llama una entrada triunfal.

Viste de oscuro, con un caro traje italiano. Pantalón negro. Camisa negra. Chaqueta negra. Zapatos negros. Maleta negra.

San Destripado se pone de nuevo en marcha.

El Duque de los Vándalos se dirige al final del autobús y toma asiento al lado del Agente Chivatillo.

Todos hemos visto que el señor Whittier mantiene una estúpida sonrisa en la cara.

Todos hemos visto que los grandes pechos de la señora Clark se mueven al ritmo de una respiración agitada.

Pero ninguno hemos hecho caso de esa alarma que salta en nuestra cabeza cada vez que intuimos que algo no va a marchar del todo bien.

Se suponía que sería una estancia divertida.

Se suponía que escribiríamos relatos sobre cosas agradables.

Se suponía que nadie debía morir.

Tres meses. Sólo eran tres meses. Tres meses de inspiración para unos escritores desmotivados por la sociedad que nos rodeaba.

—La gente de la que huís —continua diciendo el señor Whittier —no quiere que tengáis experiencias nuevas. No quiere que disfrutéis de experiencias intensas. Quieren cosas sencillas. Quieren que seáis sus vecinos, sus novios, sus asalariados. Pero nada más que eso. Esas personas contaminan vuestro cerebro. Bloquean vuestros pensamientos. Inhiben vuestra imaginación. Por eso debemos huir de ellas y de su tradicional estilo de vida.

Debemos olvidar quienes somos. Olvidar nuestra anterior vida. Olvidar a nuestros padres. Olvidar a nuestros esposos. Olvidar a nuestros hijos.

La Camarada sobrada se lleva la mano al bolsillo y palpa para comprobar que la etiqueta recuperada continúa ahí.

La Hermana Justiciera ha sacado la Biblia del estuche y ojea entre las páginas.

–Y para ello –continúa el señor Whittie –desapareceremos de la faz de la tierra.

Vosotros, mis alumnos, permaneceréis sin contacto con el mundo ordinario durante estos tres próximos meses. Os desintoxicaréis. Viviréis. Dejaréis de ser lo que los demás quieren que seáis, para comenzar a ser lo que vosotros sois realmente. Dejareis de ser una persona, para pasar a convertirlos en un ideal. En un modelo. En una abstracción. Y cuando eso suceda...

La Señorita Estornudos aprovecha la pausa dramática para sonarse la nariz.

Los ojos de la máscara del Duque de los Vándalos nos observa fríamente.

–Y cuando eso suceda... –retoma el señor Whittier –... seréis capaces de culminar vuestra obra maestra. Cuando regreseis con ella en brazos, el mundo os tratará como una madre que acaba de dar a luz a su primer hijo: vuestra gran obra. Y todos seréis los protagonistas de esta gran aventura. Donde vamos os espera la serenidad, la soledad, la angustia, la desesperación, el miedo, la frustración y, al final, la sublime aceptación de que hemos conseguido nuestra meta.

–Y quizá ninguno de nosotros tenga que ir de gira para promocionar nuestro libro – añade la Camarada Sobrada dirigiéndose a la cámara del Agente Chivatillo.

En ese momento no éramos conscientes de lo que nos aguardaba en esos tres meses.

La serenidad, la soledad, la angustia, la desesperación, el miedo y la frustración que habíamos conocido hasta ese momento no era la que íbamos a conocer en aquel lugar.

Ahora estábamos a merced del destino, de los objetos del interior de nuestra maleta, de nuestro ingenio y de la locura de un asesino.

Si lo que quería era que sacásemos lo peor que llevábamos dentro, sólo faltaban unos kilómetros y unos pocos días para conseguirlo.

Éramos demasiados. Pero pronto dejaríamos de serlo.

Quizá el Destino nos jugó una mala pasada. Quizá nos confundimos de temporada.

Quizá, si la Camarada Sobrada no hubiese decidido dejar aquella maleta, todo hubiese terminado de mejor manera...

10/4/2006

Escrito por *mimideath*